



Por COLL

La prueba de que yo, como escritor, soy libre para decir lo que quiera, es que acabo de decir que soy libre para decir lo que quiera.

La parte interior de una mujer más fácil de conocer es su ropa.

Soy tan pobre tan pobre, que ya por no tener, no tengo ni inconveniente.

A un hombre se le puede llamar norteamericano, y si es como es debido, debe reconocerlo.

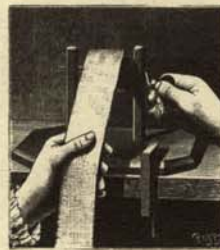
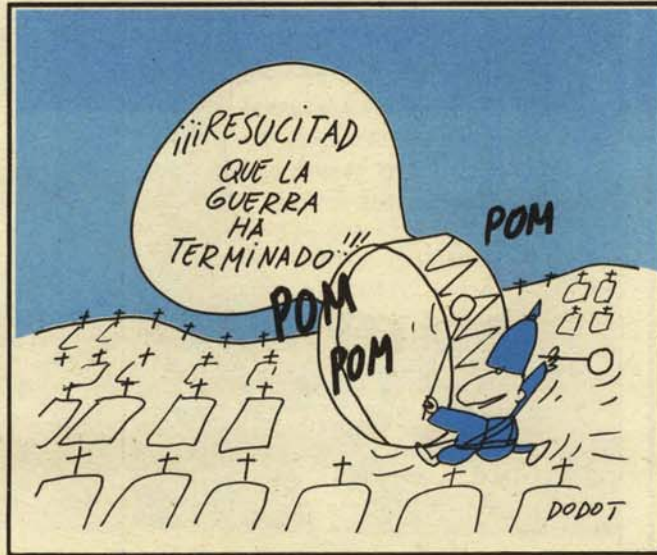
Es posible que el perro sea el mejor amigo del hombre, pero yo creo que lo es aún más de la perra.

Se casó conmigo, pero aún no he averiguado con qué intención lo hizo, ya que antes jamás la había ofendido.

El más triste fin de un pedacito de hierro, es ser ex clavo.

No estoy dispuesto a seguir soportándole, jefe. Y si no tiene sentido del humor, olvide lo que le he dicho.

Todos debemos ser justos y honrados, hasta que un Nixon nos llame a su seno.



AYUDE A RESOLVER LA CRISIS DEL PAPEL

Para ello no fragmente el papel higiénico después de usarlo. Mantenga el rollo entero hasta su uso total. Luego rebobínelo de nuevo y habrá usted cumplido con el patriótico deber de poner su granito de arena para el equilibrio de nuestra balanza de pagos. ¿Sabía Vd. que importar papel higiénico nos cuesta a los españoles cien mil millones de dólares oro al año?



MY SECRET LIFE

CAPITULO 7º

—Solamente muerta saldré de tu habitación.

—Haz el favor de morirte pronto. Espero visita.

Me tendí en la chaise-longue y compuse levemente los pliegues de mi bordado kimono. Isabel Skinner-Rubí de Bracamonte Sayago de Vergaz y Read columpió una lágrima en sus ojos color de miel y suplicó: «¡Por lo que más quieras, Adriano... Si he de morir en este dormitorio, no arregles tu deshábille! Quiero llevarme el recuerdo tostado de la piel de tus muslos...». Hice un cansado planeo de manos y pregunté: «¿Has hecho ya testamento?». «Sí...».

—¿Todo?

—Todo. Pero quiero pedirte un favor...

—¿Qué?

—¿Pasarás una pensión a los míos para que puedan comer dignamente el resto de sus días?

—Espero que sus días no sean muchos días. Ya sabes que yo gasto mucho.

Levanté los codos y descansé la cabeza sobre las palmas de mis manos. Moví una rodilla y la seda resbaló apenas dejando ver la dorada calidad de mi piel. La artesanía japonesa de aquellos dorados dragones se pegó a mis muslos como un tatuaje de grana y oro. El kimono me sentaba bien. Isabel Skinner-Rubí de Bracamonte Sayago de Vergaz y Read no pudo soportar tanta belleza. Y se murió. «¡Qué hermosos apellidos para una esquel...!» —pensé— y llamé a conserjería: «Hay un cadáver de mujer en mi dormitorio».

—¿Otro?

—No podría ser el mismo. El último lo enterramos ayer. Y yo no tengo tiempo para desenterrar amores. Ya tengo bastante con quitármelos de encima.

«¡Qué arte más grande, señor Di Tola! ¡Qué arte más grande...!» Subieron los mozos. En un último gesto de ternura envolvió a Isabel con el kimono que tanto acariciase en vida. Cuando se llevaron la frialdad de su cuerpo, guardé el testamento y me dispuse a dar una vuelta por el puerto Banús. Estaba contento. Mi madre podría seguir en el sanatorio. No es que esté enferma, es que la gusta vivir allí para reírse de los enfermos. ■ ADRIANO DI TOLA.

(Continuará)

